



Iván Turguénev
DOS AMIGOS

Traducción del ruso de Marta Sánchez-Nieves



En la primavera de 184* Borís Andréich Viazovnín, un joven de unos veintiséis años, llegó a la pequeña propiedad de su familia, situada en uno de los gobiernos de la zona central de Rusia. Acababa de retirarse del servicio «por circunstancias familiares» y sus intenciones eran dedicarse a la hacienda. Una buena idea, por supuesto, pero Borís Andréich la llevaba a cabo, como por otra parte suele suceder en la mayoría de las veces, sin muchas ganas. Sus ganancias habían ido disminuyendo año tras año, y las deudas, aumentando: al final se convenció de la imposibilidad de continuar en activo, de vivir en la capital; en resumen, de vivir como había estado viviendo hasta entonces y, con todo el dolor de su corazón, resolvió dedicar varios años a reparar esas «circunstancias familiares» por cuya gracia había acabado inesperadamente en una aldea perdida.

Viazovnín se encontró la propiedad desbaratada; la hacienda, desatendida, y la casa, casi en ruinas;

sustituyó al responsable y redujo el salario de los criados; se adecentó dos o tres estancias y ordenó que colocaran chillas nuevas allí donde el tejado go-teaba; por lo demás, no acometió ninguna medida drástica ni inició ninguna mejoría a resultas de, por lo visto, un sencillo pensamiento: primero se debe al menos conocer aquello que se desea mejorar... Y he aquí que se dispuso a conocer su hacienda y sus propiedades; empezó, como suele decirse, a entrar en el meollo del asunto. Es menester reconocer que entró en el meollo del asunto sin especial aplicación y sin prisas. Por falta de costumbre, se aburría bastante en la aldea y muchas veces no era capaz de encontrar dónde y en qué emplear todo el largo día. Tenía bastantes vecinos, pero no los frecuentaba, no porque los evitara, sino simplemente porque sí, porque no se había dado el caso de que se hubiera topado con ellos; sin embargo, ya para el otoño tuvo ocasión de conocer a uno de los vecinos más cercanos. Se llamaba Piotr Vasílich Krupitsyn. En tiempos había servido en la caballería y se había retirado con el grado de teniente. Sus aldeanos y los de Viazovnín andaban enredados en una disputa desde tiempos inmemo-

riales por dos *desiatinas*¹ y media de henares. No era raro que el asunto llegara a las manos; los montones de heno se trasladaban misteriosamente de un sitio a otro; se dieron varias situaciones desagradables y es muy probable que esta disputa se hubiera prolongado muchos años más si Krupitsyn, habiéndose enterado de una manera indirecta de la naturaleza pacífica de Borís Andréich, no hubiera ido a verlo para aclararlo personalmente. Estas aclaraciones tuvieron unas consecuencias muy agradables: en primer lugar, se puso fin al asunto enseguida y para siempre, para satisfacción mutua de los propietarios, y, en segundo lugar, ellos mismos se gustaron, empezaron a verse con frecuencia y, para el invierno, coincidían tanto que casi no se separaban.

Y, sin embargo, había poco que tuvieran en común. Viázovnín, como hombre que no era rico pero sí procedía de padres ricos, había recibido una buena educación, había estudiado en la universidad, sabía varias lenguas, le gustaba dedicar

1. Antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,0935 hectáreas. (Todas las notas son de la traductora.)

tiempo a la lectura de libros y, en general, se le podía considerar una persona instruida. Krupitsyn, por el contrario, hablaba francés mal que bien, sus manos no cogían un libro si no había necesidad de ello y más bien se le podía incluir en la categoría de los no instruidos. Por su aspecto, los amigos tampoco se parecían: Viazovnín era bastante alto, delgado, rubio y se asemejaba a un inglés; mantenía su persona, sobre todo las manos, bien limpia; se vestía con elegancia y hacía alarde de corbatas... ¡costumbres de la capital! Krupitsyn, por el contrario, no era muy alto, sí un poco encorvado de espaldas, de piel atezada y pelo oscuro, y tanto en verano como en invierno iba en paletó saco de color bronce con los bolsillos hinchados. «Por eso me gusta este color —solía decir Piotr Vasílich—, porque no se mancha». El color del paño, en efecto, no se manchaba, pero el paño en sí se ensuciaba como era debido. A Viazovnín le gustaba comer bien y hablaba con ganas sobre lo agradable que era comer bien y qué significaba tener gusto; Krupitsyn se comía todo lo que le ofrecieran con tal de que hubiera algo en lo que ocuparse. Si le servían sopa

con *kasha*,² sorbía encantado la sopa y la acompañaba con la *kasha*; si le presentaban una sopa de carne muy líquida, con la misma disposición se dedicaba a la sopa y, como tuviera un plato de *kasha* a mano, lo volcaba en la sopa y allí no pasaba nada. Le encantaba el *kvas*,³ como a su propio padre —así se expresaba él—, pero no soportaba el vino francés, sobre todo el tinto, y lo tildaba de vinagroso. En general, Krupitsyn estaba bastante lejos de saber lo que era la repugnancia, mientras que Viazovnín se cambiaba de pañuelos para la nariz dos veces al día. En resumen, los dos amigos, como ya hemos dicho antes, no se parecían en nada. Solo tenían una cosa en común: ambos eran lo que suele llamarse buenos chicos, sencillos. Krupitsyn había nacido así, mientras que Viazovnín se había convertido en uno. Además, ambos se distinguían porque tanto a uno como al otro no les gustaba especialmente nada, es decir, no sentían especial pasión o afición

2. Plato consistente en gramíneas cocidas en agua y aliñadas con manteca, aceite vegetal o grasa animal.

3. Bebida rusa de muy baja graduación, obtenida de la fermentación de pan de centeno y frutas.

por nada. Krupitsyn era unos seis u ocho años mayor que Viazovnín.